Tenemos que hablar

Hoy más que nunca se nos imponen los temas de conversación, sobre todo por la esclavitud que nos liga a las redes sociales y los «trending topics»

No voy a descubrirles la fórmula de la Coca-Cola en este artículo, ni siquiera, desgraciadamente, la cura para el coronavirus, de lo que escribo hoy es tan viejo probablemente como el mundo y, sin embargo, sorprendentemente, es de esas reflexiones que, aunque las hagas millones de veces en alto y las haga gente mucho más sabia que yo, no filtran nunca el asfalto social y resbalan una y otra vez al sumidero. Ahí va, probablemente este escrito.

Desde siempre hemos imaginado manos negras que acarician gatos en despachos acristalados decidiendo de qué tiene que hablar la gente, y cuando digo la gente digo yo, digo las personas en la sobremesa del bar de menú del día, los incómodos paseos en ascensor, las más incómodas aún esperas mirando a una pared mientras tu cuerpo de varón y el de tu compañero de trabajo terminan de miccionar.

ESTAR Al día. Conversaciones pautadas, heredadas, ajenas y sin embargo hechas nuestras, que parecen casi obligatorias si quieres demostrar que estás al día, que sabes de lo que hay que hablar, de lo que se debe hablar si no quieres parecer un extraterrestre en el planeta en el que todo el mundo habla de lo mismo.

No se me olvida esa escena de Amanece que no es poco en donde el necesario Cuerda hacía que Luis Ciges y su hijo Resines llegaran a una casa de noche y llamaban para pedir alojamiento usando la siguiente frase: «Que quería yo hablarle de Dostoyevski» a lo que la dueña de la casa respondía: «Ah pues muy bien, encantada, ahora mismo bajo».

Integración social. Y, claro, eso es cómico porque nadie le entra a nadie con ese tema, hablas de lo que se hable ese día, ya sea Cataluña, la nueva serie de Netflix, esa que hay que haber visto para que la sociedad te integre, la jugada polémica del partido del siglo más reciente de los que se hayan disputado en este siglo, el pin parental o el personaje del último reality que haya arañado unos minutos de fama a golpe de bocaza.

Antes eran las televisiones y las radios quienes marcaban los temas que sí eran tratables con los demás y los que no. Salía uno de su casa por las mañanas, como un niño camino del cole, con la libreta de deberes rellena de ellos para ese día. Ahora se añaden las redes sociales. Uno mira por la mañana su lista de trending topics y elige cuál será el tema que sacará durante el desayuno para hablar con sus compañeros de pincho de tortilla y dejarles claro que está al día.

No se empeñe En DOSTOYeski. Es fascinante como, en los pocos años que llevamos en red social cibernética, esa lista de trending topics ha pasado de ser la lista de los asuntos de los que la gente habla a ser la lista de los temas de los que está bien hablar. Porque las conversaciones, como la moda en el vestir, se han convertido en tendencias, despreciando todas aquellas prendas que, aún gustándonos, no nos ponemos por aquello de que nos integren, nos aprueben y, si somos hábiles combinando, nos admiren.

Hablamos de lo que tenemos que hablar, de lo que conviene que hablemos, reaccionamos como un perro perdiguero ante una ardilla ante el nuevo fogonazo que nos plantan ante la vista y despreciando conversaciones que, probablemente serían más cómodas, confortables y de nuestra talla. Y seguramente así va ser toda la vida, desengáñese, es comedia, la sociedad no le va a alojar si usted sigue empeñado en venir a hablarles de Dostoyevski.